

# SUBTERRA

## Cuentos mineros de Chile

BALDOMERO LILLO

Estudio introductorio LUIS VILLALOBOS DINTRANS

Ilustraciones JAVIER MOLINA



Planeta  Sostenible





# SUBTERRA

## Cuentos mineros de Chile

BALDOMERO LILLO

Estudio introductorio LUIS VILLALOBOS DINTRANS

Ilustraciones JAVIER MOLINA

SUBTERRA. CUENTOS MINEROS DE CHILE  
Baldomero Lillo

Estudio introductorio: Luis Villalobos Dintrans

Ilustraciones: Javier Molina

© 2023 Javier Molina

© 2023 Planeta Sostenible EIRL

Primera edición: diciembre de 2023

Edición general: Juan Francisco Bascuñán Muñoz

Diseño y diagramación: Alejandra Figueroa González

Edición: Paloma González Muñoz

Revisión de textos: Francisco Fabres

ISBN 978-956-6154-51-8

Impreso en Chile en los talleres de Eclipse Impresores

[www.planetasostenible.cl](http://www.planetasostenible.cl)



Planeta Sostenible



## ÍNDICE

### INTRODUCCIÓN

Expansión capitalista e identidad minera del carbón en la Lota de *Subterra* ..... **7**

### CUENTOS

Los inválidos ..... **15**

La compuerta número 12 ..... **31**

El grisú ..... **45**

El pago ..... **71**

El chiflón del diablo ..... **87**

El pozo ..... **105**

Juan Fariña ..... **127**

Caza mayor ..... **145**

## EXPANSIÓN CAPITALISTA E IDENTIDAD MINERA DEL CARBÓN EN LA LOTA DE *SUBTERRA*

Hacia mediados del siglo XIX el modelo industrial minero inicia su desarrollo en el país. Este, basado en la ortodoxia económica liberal, se caracterizó tanto por utilizar de manera intensiva el capital humano disponible, como por generar asentamientos productivos dispersos. De esta forma se originaron ciudades y pueblos dependientes del modelo, lo que permitió, por una parte, la acumulación de importantes fortunas y, por otra, la formación de una masa asalariada, surgida al alero de relaciones laborales que impactaron drásticamente los modos de subsistencia. El paso de una economía agrícola a otra de base diversa y capitalista fue forjando, a lo largo de los años, un fuerte sentimiento de identidad colectiva entre quienes experimentaron estas relaciones.

El desarrollo industrial minero se origina geográficamente en el norte y en el sur del país con la explotación de salitre y carbón respectivamente. Tiene su auge a partir del impulso de la exportación salitrera, que permitió al Estado chileno aumentar sus arcas fiscales a fines del siglo XIX. Este ciclo de modernización de la economía nacional se extiende con constantes crisis y fluctuaciones que hacen a los distintos gobiernos del país reformular la política económica, alejándose de la ortodoxia liberal, hasta la segunda mitad de la década de 1920, cuando el Estado comienza a tomar un rol más activo en el desarrollo económico.

La minería del carbón se desarrolló fundamentalmente en tres zonas ubicadas al sur del país: en el Golfo de Arauco o Cuenca del Carbón (Región del Biobío); cerca de Valdivia y Chiloé; y en la cuenca de Magallanes. La más destacada fue, sin duda, la del Golfo de Arauco, pues lideró por 150 años la producción carbonífera en Chile.

De manera particular vemos que la historia de la explotación carbonífera del país es un relato que forja ciudades y a sus habitantes al alero de un porvenir industrial. Es la historia de zonas en las cuales muchos años atrás se habían descubierto mantos de carbón, sin embargo, no habían sido explotados por falta de un consumo asegurado.

En este nuevo periodo que se abre con el descubrimiento de extensas y ricas vetas en la zona, el carbón inicia su conversión hacia una actividad productiva industrializada. Esto se da principalmente gracias a dos factores: su volumen de extracción y la diversificación de su producción, que tienen su auge a fines del siglo XIX. Lo anterior ocurre, por una parte, debido al aumento de la producción salitrera en el país y su demanda de carbón para maquinarias y extracción, y, por otra, gracias a la demanda proveniente del desarrollo de máquinas a vapor, como ferrocarriles y buques que movilizan al mundo en esos años.

En este contexto los yacimientos carboníferos generaron un importante polo de desarrollo industrial, que incentivó la actividad económica provocando cambios importantes en la estructura social y cultural tradicional de los territorios donde se ubicaron.

A inicios de la década de 1840, las primeras empresas surgen como emprendimientos individuales con capitales, tecnología y niveles de empleo bastante magros, condicionados por la escasa demanda del mineral. Pero a partir de la década siguiente, observamos que algunas de estas empresas comienzan a alcanzar un mayor grado de madurez, convirtiéndose en complejos industriales de mayor envergadura y transformándose en sociedades anónimas, aunque controladas por sus propios fundadores. Esto significó el nacimiento de una incipiente oligarquía y la supremacía del crédito por sobre la producción.

Comercio y crédito controlan el trabajo minero, a través de sociedades anónimas creadas por empresarios que acumulan grandes fortunas a su alero, como Matías Cousiño en la bahía de Lota; Federico Schwager en Coronel y Matías Rioseco en Lebu.

La Compañía Carbonífera e Industrial de Lota, de Matías Cousiño, surge el año 1852, iniciando su actividad con unos cientos de operarios y con una producción de unos miles de toneladas. Pero, en el transcurso de dos décadas, su necesidad de mano de obra extractiva origina ciudades, constituidas como centros de explotación, en los cuales se desarrollaron otras actividades productivas a la par de la actividad carbonífera. El mejor ejemplo es Lota, donde desde 1850 se instalaron fundiciones de cobre, fábricas de ladrillos, cañerías, baldosas y asfalto, entre otras, y en 1877 se instaló la primera planta telefónica del país. Así, lo que había sido un pequeño poblado, es en ese momento una ciudad activa y floreciente con 45 mil habitantes.

Ejemplificando el fuerte impacto que esta actividad provocó en el Golfo de Arauco, apreciamos que, junto con la explotación del carbón en Lota, se desarrolló en la zona una actividad industrial que aprovechó los impactos positivos que tuvo la actividad minera, permitiendo la instalación de otras industrias, como la primera fábrica de vidrios en 1881, la construcción del ferrocarril de Curanilahue en 1888 y la central hidroeléctrica Chivilingo en 1897, la primera que tuvo Chile.

Hacia mediados de 1870, la industria carbonífera era una empresa moderna y de grandes dimensiones a escala local. Sin embargo, la evolución de la producción carbonífera sufrió momentos de contracción a fines del siglo XIX. Uno de los

mayores problemas lo representó la caída de la demanda debido a la competencia del carbón extranjero, especialmente inglés, en el consumo de la industria salitrera nacional. Igualmente el creciente uso de petróleo y electricidad en la minería y en las actividades urbanas, tanto industriales como de servicio, crearon condiciones de demanda cada vez más difíciles para la actividad carbonífera nacional.

Ubicada en la zona fronteriza entre el valle central chileno y el territorio mapuche, la ciudad de Lota no demoró en convertirse, gracias a la formación de grandes fortunas, en escenario de suntuosas mansiones y parques. Ejemplo de esto es el Parque de Lota, construido en 1872 por el paisajista inglés Bartlett en el borde costero de la ciudad, tras el encargo de la familia Cousiño. De estilo francés y único, constaba de 14 hectáreas, palacio, kioscos, esculturas, grutas, miradores, macizos de flores entre caminitos serpenteantes, así como especies arbóreas traídas desde los 5 continentes, que dan cuenta del imaginario oligarca que situaba en París y Londres el lugar privilegiado de la producción cultural.

Lota, en cuanto centro productivo, generó un polo de atracción para la población campesina de la región; trabajadores y sus familias se insertan de manera rápida en una estructura de tipo capitalista. Hacia la década de 1880, las principales poblaciones mineras se encontraban provistas de servicios mínimos, como viviendas, luz eléctrica y educación, para la subsistencia del personal más calificado, al estilo de los *company-towns* implementados en las oficinas salitreras.

En contraste con el bienestar del personal calificado, la precariedad de las condiciones de vida de los mineros fue una constante desde el comienzo de las actividades: bajos salarios; extensas jornadas de trabajo; inseguridad laboral y económica; viviendas insalubres; nulas posibilidades de ahorro; escaso acceso a servicios básicos, tales como luz eléctrica, agua potable, salud y educación. Estas condiciones hacían de los mineros presa fácil para los abusos de distinta índole que cometían con ellos sus patrones, como el pago de salarios con fichas y vales.

De esta forma, pese a su desarrollo, el modelo capitalista decimonónico basado en la ortodoxia liberal no desencadenó en la zona bienestar para los mineros, si no muy por el contrario, provocó problemas sociales, como el hacinamiento y la falta de viviendas adecuadas. Esto dio paso a pésimas condiciones de higiene, las que sumadas a la alta mortalidad derivada de la silicosis —producto del polvo que respiraban los mineros—, generaron un malestar en quienes trabajaban en

las faenas diarias de la extracción. Todo ello, unido al arbitrario sistema de pago en fichas, que eran cambiadas en las pulperías de la Compañía por alimentos y productos de consumo básico, más las extenuantes jornadas de trabajo, llevó a que los mineros se organizaran tempranamente. Así queda de manifiesto en 1854, con la primera rebelión obrera en Lota, seguida en 1859 por un nuevo movimiento de protesta de los mineros.

Estas condiciones de vida y trabajo generan una fuerte identidad colectiva entre los mineros y sus familias, habitantes de una ciudad que gira en torno a la mina. Nutriéndose de la experiencia común de la explotación laboral y del uso de espacios compartidos, se forja un sentimiento de pertenencia único entre ellos.

De igual modo, en este contexto la mina se transforma para los mineros en un espacio de crueldad, desolación y destrucción de la condición humana, tal como lo relatan novelistas e historiadores.

Como señala el historiador Hernán Ramírez Necochea: *“para los mineros las jornadas resultaban terribles y mortíferas; la larga permanencia en el fondo de las minas húmedas, oscuras, estrechas, con la atmósfera viciada, producía una efectiva desintegración en sus cuerpos, ya que los exponía a toda clase de enfermedades y determinaba un proceso de lenta, continuada e implacable atrofia de sus espíritus”*<sup>1</sup>.

Pero al mismo tiempo genera una identificación con una forma de vida especial, propia de los mineros del carbón, donde camaradería y compañerismo constituyen rasgos centrales que se dan a la par de las adversas condiciones de trabajo. Estas características propias de los obreros mineros del carbón los sitúan como protagonistas del proceso modernizador capitalista experimentado por el mundo laboral en el país, pues, junto a los oligarcas, son uno de los componentes sociales vinculados a la industrialización de Chile.

Hacia inicios del siglo XX, años paralelos a la publicación en 1904 de *Subterra*, la realidad en que se desenvuelve la industria del carbón da cuenta de los problemas sociales que afectaron también al país. Hay signos visibles de que se ha entrado en una etapa de agudización de las contradicciones sociales en el marco de la expansión capitalista de la economía. El incipiente movimiento sindical en las salitreras del norte, en los puertos y en las principales ciudades lucha contra el sistema de dominación oligárquico, exigiendo mejoras en sus condiciones de existencia.

El impulso organizativo de la clase obrera también se evidencia en la zona carbonífera del sur del país. Estos años son testigos de la irrupción del proletariado minero hullero, expresado en una temprana organización sindical, que determina un cambio radical en la vida social y política de la región. En este periodo los obreros del carbón desplazaron a los empresarios del protagonismo social, dando vida a una cultura asalariada de profundo arraigo en el imaginario colectivo y popular. Desde ese momento las movilizaciones obreras se expanden por toda la región, llegando a preocupar como nunca antes lo habían hecho a propietarios de yacimientos y autoridades políticas, interpelando con relativo éxito la política general de las compañías carboníferas.

Estos conflictos, que surgían casi sin excepción de los miserables salarios y múltiples injusticias de las compañías, tienen su epítome en la Huelga Grande de 1920, que marcó un hito en la historia del movimiento obrero carbonífero. Esta huelga general de todos los yacimientos de carbón del golfo de Arauco, a pesar de la fuerte represión gubernamental, obligó a la Compañía de Lota y Coronel a considerar algunas de las demandas de los trabajadores mineros y a desarrollar un plan de beneficios sociales.

Este breve repaso de la historia del denominado primer ciclo de desarrollo de la industria carbonífera en el país busca aportar al lector algunos elementos a tener en cuenta a la hora de abordar la obra de Baldomero Lillo *Subterra*. En un contexto desolador y estéril, ante la brutal situación social y económica de los trabajadores y sus condiciones, se presenta como un conjunto de relatos sobre la vida en un enclave minero. De igual modo establece una crítica en contra del poder explotador, que reduce —como el mismo autor lo indica— la condición humana de los trabajadores a simples bestias.

El autor recrea narraciones y tradiciones transmitidas de manera oral en la población minera de Lota que articulan una visión global de las faenas de la industria a comienzos del siglo XX. La ciudad en la que Lillo vivió durante toda su infancia, le proporcionó las dramáticas escenas que presenta en sus cuentos. Igualmente, su trabajo en la pulpería El Buen Retiro, establecimiento carbonífero ubicado en los alrededores de Coronel, le permitió observar y conocer de primera fuente las precarias condiciones en que vivían los mineros, como se refleja en algunos de sus relatos.

<sup>1</sup> Hernán Ramírez Necochea, *Historia del Movimiento Obrero en Chile (Siglo XIX)*, Ed. Talleres Gráficos Lautaro, Santiago, Chile, p. 103.

En *Subterra*, por omisión, también se manifiesta el contraste con el mundo oligarca, representado por la familia Cousiño y su impronta en la ciudad. Como indica Luis Bocaz: “En siete cuentos ambientados en Lota, no hay una línea sobre el parque, casi como si no hubiera convivido en la misma ciudad con esa joya paisajística, atribuible a la índole de ese espacio privado, de sociabilidad restringida a sus propietarios y al círculo de sus relaciones sociales. Esta ceguera estética ante un elemento urbano de esta magnitud en un escritor dotado de indesmentible pericia descriptiva parece encubrir un propósito deliberado...”<sup>2</sup>.

Por otro lado, en la colección de cuentos abunda el personaje colectivo, que extingue su vida en los túneles del carbón. *Los inválidos* abre la obra y compara el destino de los mineros viejos con el de los caballos extraídos de las galerías para morir. En *El grisú* y *El chiflón del diablo* da cuenta de las catástrofes subterráneas, agravadas por el trato despótico de empleados técnicos y administrativos, avivando la conciencia de clase obrera. En *El pago* dramatiza sobre la injusticia del sistema de pagos y la desventaja entre obreros y la Compañía. En *El pozo* se sumerge en la violencia sexual y doméstica, a través de un enfrentamiento entre dos jóvenes por el amor de la hija de un minero, dando cuenta de una cotidianidad regida por la constante humillación.

Esta obra da cuenta de que la vida de los mineros del carbón no ha perdido actualidad, a pesar de las décadas que nos separan de aquella Lota en la que creció y se inspiró Baldomero Lillo. Hoy, a más de cien años de su publicación, *Subterra* refleja la exploración inédita en esos años de las consecuencias del modelo de crecimiento económico industrial basado en la extracción de recursos naturales poco transformados. Desde mediados del siglo XIX y durante gran parte del siglo XX, este modelo demostró una limitada capacidad de respuesta para hacer frente a los diversos escenarios de la economía internacional y, si bien en la actualidad ha cambiado en muchos aspectos, perdura en uno en particular, el de la baja capacidad de aumentar el valor productivo incluyendo valor agregado al material extraído.

Por este motivo visitar *Subterra* surge como una ventana hacia la memoria de un sistema de desarrollo injusto y desigual, que nos permite cuestionarnos sobre las bases en que construimos el sistema económico extractivista y la sociedad de consumo actual, fomentado como modelo de progreso, cuya culminación es la extinción de las relaciones humanas. La lectura de este clásico de las letras chilenas



a través de un nuevo formato, donde la visualidad gráfica posibilita nuevos tipos de interpretación, se convierte en una invitación a los lectores a reflexionar sobre las contradicciones del capitalismo, la ortodoxia liberal y el extractivismo de esos años como modelo de desarrollo.

De igual modo, la invitación en torno a la obra es no solo a leerla como una suma de acontecimientos del pasado, que son importantes de estudiar, sino como algo vivo, abierto y latente, que nos ayude a pensar la historia como sujetos de ella. Así, poniendo en valor *Subterra*, no solo estamos haciendo justicia con su obra, sino también con nuestra memoria histórica y con nuestra identidad como país. Un ejercicio que es fundamental para la educación de nuestros niños, niñas y adolescentes y para la sociedad que queremos construir: una más justa, democrática e igualitaria.

LUIS VILLALOBOS DINTRANS

<sup>2</sup> Luis Bocaz, “*Subterra* de Baldomero Lillo y la gestación de una conciencia alternativa”, *Estudios Filológicos*, 40, 2005, pp. 12-13.





## LOS INVÁLIDOS

La extracción de un caballo en la mina, acontecimiento no muy frecuente, había agrupado alrededor del pique a los obreros que volcaban las carretillas en la cancha y a los encargados de retornarlas vacías y colocarlas en las jaulas.

Todos eran viejos, inútiles para los trabajos del interior de la mina, y aquel caballo que, después de diez años de arrastrar allá abajo los trenes de mineral, era devuelto a la claridad del sol, inspirábase la honda simpatía que se experimenta por un viejo y leal amigo, con el que se han compartido las fatigas de una penosa jornada.

A muchos les traía aquella bestia el recuerdo de mejores días, cuando, en la estrecha carretera, con brazo entonces vigoroso, hundían de un solo golpe en el escondido filón el diente acerado de la piqueta del barretero. Todos conocían a Diamante, el generoso bruto que, dócil e infatigable, trotaba con su tren de vagonetas, desde la mañana hasta la noche, en las sinuosas galerías de arrastre. Y cuando la fatiga abrumadora de aquella faena sobrehumana paralizaba el impulso de sus brazos, la vista del caballo que pasaba blanco de espuma les infundía nuevos alientos para proseguir esa tarea de hormigas perforadoras, con el tesón inquebrantable de la ola que desmenuza grano por grano la roca inmovible que desafía sus furores.

Todos esperaban, silenciosos, la aparición del caballo, inutilizado por incurable cojera para cualquier trabajo dentro o fuera de la mina, y cuya última etapa sería el estéril llano donde solo se percibían, a trechos, escuetos matorrales cubiertos de polvo, sin que una brizna de hierba, ni un árbol interrumpiera el gris uniforme y monótono del paisaje.

Nada más tétrico que esa desolada llanura, reseca y polvorienta, sembrada de pequeños montículos de arena, tan gruesa y pesada, que los vientos arrastraban difícilmente a través del suelo desnudo, ávido de humedad.

En una pequeña elevación del terreno, alzábanse la cabria, las chimeneas y los ahumados galpones de la mina. El caserío de los mineros estaba situado a la derecha en una pequeña hondonada. Sobre él, una densa masa de humo flotaba pesadamente en el aire enrarecido, haciendo más sombrío el aspecto de aquel paraje inhospitalario.

Un calor sofocante subía de la tierra calcinada, y el polvo del carbón, sutil e impalpable, adheríase a los rostros sudorosos de los obreros que, apoyados en sus carretillas, saboreaban en silencio el breve descanso que aquella maniobra les deparaba.

Tras los tres golpes reglamentarios, las grandes poleas, en lo alto de la cabria, empezaron a girar con lentitud, deslizándose por sus ranuras los delgados hilos de metal que iba enrollando en el gran tambor, carrete gigantesco, la potente máquina. Pasaron algunos instantes y, de pronto, una masa oscura, chorreando agua, surgió rápida del negro pozo y se detuvo a algunos metros por encima del brocal. Suspendingo en una red de gruesas cuerdas, sujeta debajo de la jaula, balancéabase sobre el abismo, con las patas abiertas y tiesas, un caballo negro. Mirado desde abajo, en aquella grotesca postura, asemejábase a una monstruosa araña recogida en el centro de su tela. Después de columpiarse un instante en el aire, descendió suavemente al nivel de la plataforma. Los obreros se precipitaron sobre aquella especie de saco, desviándolo de la abertura del pique, y Diamante, libre en un momento de sus ligaduras, se alzó tembloroso sobre sus patas y se quedó inmóvil, resoplando fatigosamente.

Como todos los que se emplean en las minas, era un animal de pequeña alzada. La piel, que antes fue suave, lustrosa y negra como el azabache, había perdido



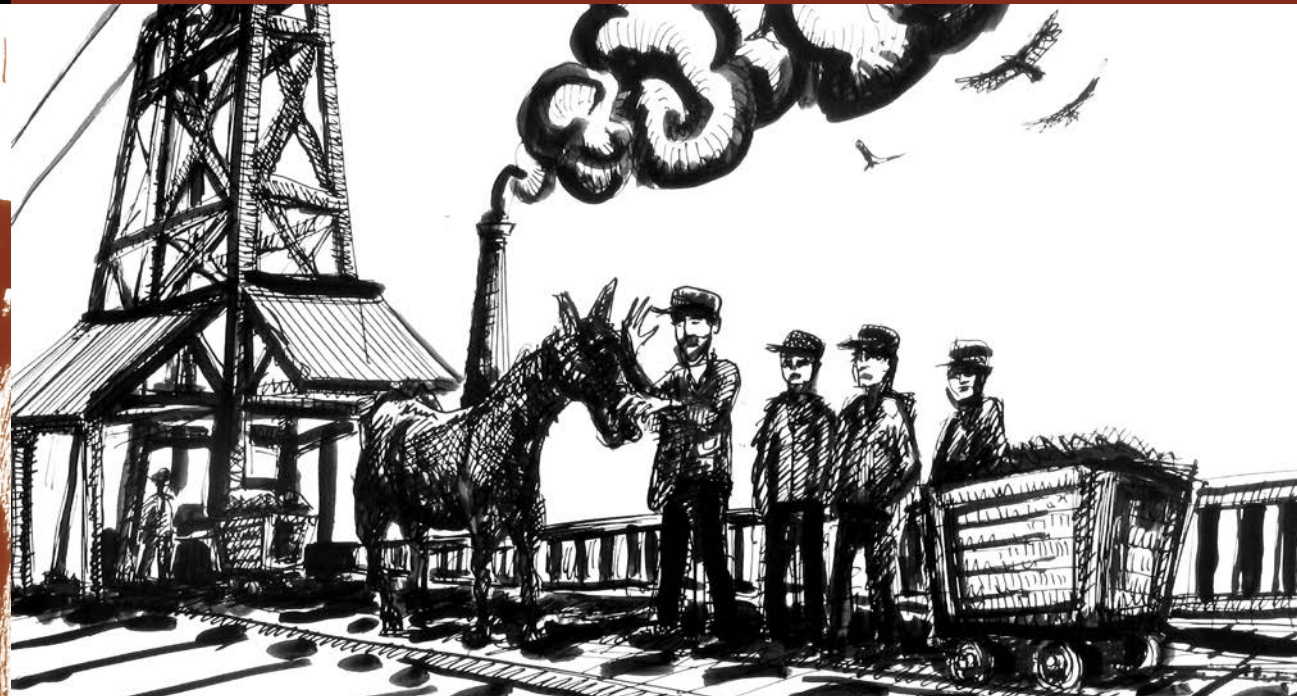




su brillo, acribillada por cicatrices sin cuento. Grandes grietas y heridas en supuración señalaban el sitio de los arreos de tiro, y los corvejones ostentaban viejos esparavanes que deformaban los finos remos de otro tiempo. Ventrudo, de largo cuello y huesudas ancas, no conservaba ni un resto de la gallardía y esbeltez pasada, y las crines de la cola habían ido desapareciendo arrancadas por el látigo cuya sangrienta huella se veía aún fresca en el hundido lomo.

Los obreros lo miraban con sorpresa dolorosa. ¡Qué cambio se había operado en el brioso bruto que ellos habían conocido! Aquello era solo un pingajo de carne nauseabunda, buena para pasto de buitres y gallinazos. Y mientras el caballo, cegado por la luz del mediodía, permanecía con la cabeza baja e inmóvil, el más viejo de los mineros, enderezando el anguloso cuerpo, paseó una mirada investigadora a su alrededor. En su rostro marchito, pero de líneas firmes y correctas, había una expresión de gravedad soñadora, y sus ojos, donde parecía haberse refugiado la vida, iban y venían del caballo al grupo silencioso de sus camaradas, ruinas vivientes que, como máquinas inútiles, la mina lanzaba de cuando en cuando desde sus hondas profundidades.

Los viejos miraban con curiosidad a su compañero, aguardando uno de esos discursos extraños e incompresibles que brotaban a veces de los labios del minero a quien consideraban poseedor de una gran cultura intelectual, pues siempre había en los bolsillos de su blusa algún libro desencuadernado y sucio, cuya



lectura absorbía sus horas de reposo y del cual tomaba aquellas frases y términos ininteligibles para sus oyentes.

Su semblante, de ordinario resignado y dulce, se transfiguraba al comentar las torturas e ignominias de los pobres y su palabra adquiría entonces la entonación del inspirado y del apóstol.

El anciano permaneció un instante en actitud reflexiva y luego, pasando el brazo por el cuello del inválido jamelgo, con voz grave y vibrante, como si arengase a una muchedumbre, exclamó:

—¡Pobre viejo, te echan porque ya no sirves! Lo mismo nos pasa a todos. Allí abajo no se hace distinción entre el hombre y la bestia. Agotadas las fuerzas, la mina nos arroja como la araña arroja fuera de su tela al cuerpo exangüe de la mosca que le sirvió de alimento. ¡Camaradas, este bruto es la imagen de nuestra vida. Como él callamos, sufriendo resignados nuestro destino! Y, sin embargo, nuestra fuerza y poder son tan inmensos que nada bajo el sol resistiría su empuje. Si todos los oprimidos, con las manos atadas a la espalda, marchásemos contra nuestros opresores, cuán presto quebrantaríamos el orgullo de los que hoy beben nuestra sangre y chupan hasta la médula de nuestros huesos. Los aventaríamos en la primera embestida, como un puñado de paja que dispersa el huracán. ¡Son tan pocos, es su hueste tan mezquina ante el ejército innumerable de nuestros hermanos que pueblan los talleres, las campiñas y las entrañas de la tierra!







A medida que hablaba, animábase el rostro caduco del minero, sus ojos lanzaban llamas y su cuerpo temblaba preso de intensa excitación. Con la cabeza echada atrás y la mirada perdida en el vacío, parecía divisar allá en lontananza, la gigantesca ola humana, avanzando a través de los campos con la desatentada carrera del mar que hubiera traspasado sus barreras seculares. Como ante el océano que arrastra el grano de arena y derriba las montañas, todo se derrumba al choque formidable de aquellas famélicas legiones que, tremolando el harapo como bandera de exterminio, reducían a cenizas los palacios y los templos, esas moradas donde el egoísmo y la soberbia han dictado las inicuas leyes que han hecho de la inmensa mayoría de los hombres seres semejantes a las bestias: Sísifos condenados a una tarea eterna, los miserables bregan y se agitan sin que una chispa de luz intelectual rasgue las tinieblas de sus cerebros de esclavos donde la idea, esa simiente divina, no germinará jamás.

Los obreros clavaban en el anciano sus inquietas pupilas en las que brillaba la desconfianza temerosa de la bestia que se aventura en una senda desconocida. Para esas almas muertas, cada idea nueva era una blasfemia contra el credo de servidumbre que les habían legado sus abuelos, y en aquel camarada cuyas palabras entusiasmaban a la gente joven de la mina, solo veían un espíritu inquieto y temerario, un desequilibrado que osaba rebelarse contra las leyes inmutables del destino.

Y cuando la silueta del capataz se destacó, viniendo hacia ellos, en el extremo de la cancha, cada cual se apresuró a empujar su carretilla, mezclándose el crujir de las secas articulaciones al estirar los cansados miembros con el chirrido de las ruedas que resbalaban sobre los rieles.

El viejo, con los ojos húmedos y brillantes, vio alejarse ese rebaño miserable y luego, tomando entre sus manos la descarnada cabeza del caballo, acarició las escasas crines, murmurando a media voz:

—Adiós, amigo, nada tienes que envidiarnos. Como tú, caminamos agobiados por una carga que una leve sacudida haría deslizarse de nuestros hombros, pero que nos obstinamos en sostener hasta la muerte. —Y encorvándose sobre su carretilla, se alejó pausadamente, economizando sus fuerzas de luchador vencido por el trabajo y la vejez.

El caballo permaneció en el mismo sitio, inmóvil, sin cambiar de postura. El acompasado y lánguido vaivén de sus orejas y el movimiento de los párpados

eran los únicos signos de vida de aquel cuerpo lleno de lacras y protuberancias asquerosas. Deslumbrado y ciego por la vívida claridad que la transparencia del aire hacía más radiante e intensa, agachó la cabeza, buscando entre sus patas delanteras un refugio contra las luminosas saetas que herían sus pupilas de nictálope, incapaces de soportar otra luz que la débil y mortecina de las lámparas de seguridad.

Pero aquel resplandor estaba en todas partes y penetraba victorioso a través de sus caídos párpados, cegándolo cada vez más; atontado, dio algunos pasos hacia adelante y su cabeza chocó contra la valla de tablas que limitaba la plataforma. Pareció sorprendido ante el obstáculo y, enderezando las orejas, olfateó el muro, lanzando breves resoplidos de inquietud; retrocedió buscando una salida, y nuevos obstáculos se interpusieron a su paso; iba y venía entre las pilas de madera, las vagonetas y las vigas de la cabria, como un ciego que ha perdido su lazarillo. Al andar levantaba los cascos doblando los jarretes como si caminase aún entre las traviesas de la vía de un túnel de arrastre; y un enjambre de moscas que zumbaban a su alrededor sin inquietarse de las brascas contracciones de la piel y el febril volteo del desnudo rabo, acosábalo encarnizadamente, multiplicando sus feroces ataques.

Por su cerebro de bestia debía de cruzar la vaga idea de que estaba en un rincón de la mina que aún no conocía, y donde un impenetrable velo rojo ocultaba los objetos que le eran familiares.

Su estadía allí terminó bien pronto; un caballero se presentó con un rollo de cuerdas debajo del brazo y yendo en derechura hacia él, lo ató por el cuello y, tirando del ronzal tomó, seguido del caballo, la carretera cuya negra cinta iba a perderse en la abrasada llanura que dilatada por todas partes su árida superficie hasta el límite del horizonte.

Diamante cojeaba atrozmente, y por su vieja y oscura piel corría un estremecimiento doloroso producido por el contacto de los rayos del sol, el cual desde la comba azulada de los cielos parecía complacerse en alumbrar aquel andrajo de carne palpitante para que pudieran, sin duda, distinguirlo los voraces buitres que, como puntos casi imperceptibles perdidos en el vacío, acechaban ya aquella presa que les deparaba su buena estrella.